

pestilentes y la substancia inextensa e inmaterial.

PROLETARIADO

Lo sepa o no la burguesía, su papel ha acabado; ni podría ir más lejos ni puede renacer. ¡Pero que entregue en paz el alma! El advenimiento de la plebe no tendrá por resultado el eliminarla, en el sentido de que la plebe viniese a reemplazar a la burguesía en su preponderancia política, después de sus privilegios, propiedades y goces, mientras que la burguesía reemplazará a la plebe en su salariado. Ambas deben absorberse recíprocamente en una conciencia superior; y el día en que la plebe constituida en mayoría haya tomado el poder y proclamado, según sus aspiraciones del derecho nuevo y las fórmulas de la ciencia, la reforma económica y social, será el día de la fusión definitiva.

IRONIA

¡Ironía, libertad verdadera! Tú me libertas de la ambición del poder, de la servidumbre de los partidos, del respeto de la rutina, de la pedantería de la ciencia, de la admiración de los grandes personajes, de las mixtificaciones de la política, del fanatismo de los retornado-

res, de la superstición de este gran universo y de la adoración de mí mismo. Tú me revelaste en otro tiempo al sabio en el trono, cuando exclamó a la vista de este mundo en que figuraba como un semidiós: ¡vanidad de vanidades! Tú fuiste el demonio familiar del filósofo cuando desenmascaró de un golpe al dogmático y al sofista, al hipócrita y al ateo, al epicúreo y al cínico.

¡Dulce ironía! Tú sola eres pura, casta y discreta. Tú das gracia a la belleza y sazón al amor; tú inspiras caridad por la tolerancia; disipas el prejuicio homicida; enseñas modestia a la mujer, audacia al guerrero, prudencia al hombre de Estado. Apaciguas, al sonreír, disensiones y guerras civiles; pones paz entre hermanos, procuras la curación del fanático y del sectario. Eres maestra de la Verdad, sirves de providencia al Genio y la Virtud, oh diosa, eres también tú.

Ven, soberana; vierte un rayo de luz sobre mis conciudadanos; prende en su alma una centella de tu espíritu, para que mi confesión la reconcilie y esta inevitable revolución se lleve a cabo en serenidad y alegría.

tros cúbicos de aire enrejado, algo más que ese tiesto lleno de agua y que las sangrientas piltrafas de carne que el guardián le sirve a diario.

—Te hacen falta tus riscos, tus peñas, tus nevadas montañas, tu sol, tu nativo suelo, tu nido de ramas secas en la cúspide del farallón desde donde elevabas tu pujante vuelo hacia el eterno azul en acecho del guanaco, de la llama o de la vicuña que pastan los líquenes de la sierra?

—Hombre, es verdad todo eso me falta, pero ya hace tantas lunas que dejé mis lares, que ya ni los recuerdo; me he avenido con mi cautiverio y con excepción de unas cuantas millas cuadradas de espacio en donde pudiera estirar el cuerpo y batir mis inútiles alas, no me sentiría mal, pero me falta algo más que ya debieras haber adivinado.

—Confíamelo; tal vez pudiera ayudarte a conseguirlo; soy amigo del Jefe de este Parque y me consta que él es persona buena y dispuesta a aliviar la suerte de sus prisioneros— Qué te falta?

—Mira a tu izquierda. En esa jaula semejante a la mía, viven un par de Águilas Europeas, y salvo una que otra disputa por arrancarse las piltrafas del diario sustento, viven satisfechas.— Mira a la derecha cómo surcan la lagunita esa pareja de Cisnes Ingleses; viven en perfecta armonía.— Mira más al Norte, el inmenso jaulón de las Águilas Americanas y de los Buitres de esta tierra, por parejas, con sus nidos, con sus cuevas; gritan desde el amanecer y arman tremendas peloterías a la hora de la distribución del rancho; pero todo no pasa de unos cuantos picotazos sin consecuencias, de unos cuantos chillidos y de unos cuantos aletazos; después de llenarse los buches, se acabó el alboroto.— Ves? esas alimañas todas son relativamente felices y yo, pobre de mí, no tengo satisfacción para mí quebranto!

—No acierto aún a comprenderte, por el contrario, veo que a tí nadie te disputa tu girón de carne, ni el sorbo de tu tiesto, ni la estaca en la que te posas...

—Eres un grandísimo babiaca; tendría que hablarte como a un niño.

—Háblame así, pues.

El Rey de los Andes me volvió la espalda con bien marcado desprecio y desde la entrada de su guarida me dijo:

—Lo que me falta, gran majadero, es una Cóndora!

MAGON

Washington, Setiembre de 1935.

Un escrito inédito de MAGON

Envío de doña Berta González de Gerli

Como el Parque Zoológico queda al frente de mis habitaciones, y como yo soy talvez más aficionado a la compañía de los animales injustamente llamados irracionales, que a la de los bípedos pensantes u homo sapiens quienes por siglos han probado que si piensan, proceden las más de las veces con menor racionalidad que aquéllos, visitó con frecuencia a esas pobres bestias enjauladas y deparó con ellas a imitación del Gran Visir de Harum-Al-Raschid.

Ayer no más, a la caída del Sol recorría la sección ornitológica pasando y repasando frente a las jaulas que aprisionan a las Aves de Rapiña, ubicadas al pie de un acantilado de roca artificial. Me detuve junto a la raquitica que encierra a un hermosísimo ejemplar de Vultur Gryphus, vulgo Cóndor de los Andes procedente de las altas sierras del Perú y prisionero desde mayo de 1927.

Qué porte tan majestuoso; cómo muestra en toda su elegante persona la realza de su alcurnia! Cómo aquel par de vigorosos talones resalta la tremenda fuerza de las zarpas capaces de aferrar

a la acongojada víctima; cómo aquel pico de acero afilado como un puñal flectrentino indica que es arma que corta y desgarrar sin piedad los tejidos más recios; cómo aquel par de alas que de punta a punta miden seis pies prueban que su dueño puede alcanzar vertiginosas alturas y acarrear pesos tres veces mayores que el suyo! Bestia digna de admiración; Rey de las Aves de Presa; soberano de los aires!

Triste era su mirada capaz de escudriñar las quebras del llano desde miles de metros de altura; la coronada testa no estaba erguida; el áspero cuello se hundía flácido entre el collar de plumón. El Rey de los Andes sufría gran nostalgia.—

—Qué te pasa, Cóndor amigo, por qué tan alicaído y cabizbajo; estás enfermo?

El espíritu del Gran Visir vino en mi auxilio y por misteriosa telepatía llegó a mis oídos su contestación.

—Nada me pasa, hombre; por eso estoy triste, porque no me pasa nada; y un Cóndor necesita para estar satisfecho, algo más que estos cuarenta me-